

## La Cenicienta - por María Delby Castañeda

Habría una vez, en un país muy lejano, vivía una muchacha a que llamaban Cenicienta. Vivía con su madrastra y sus dos hermanastras y se dedicaba a hacer las tareas del hogar mientras las otras tres se pasaban todo el día viendo el *Salvame*. Sin embargo, Cenicienta estaba cansada de limpiar y quería dedicarse a otra cosa. Le gustaban mucho las matemáticas y siempre llevaba encima unos apuntes con ecuaciones y demás. Un día, escuchó a sus hermanastras que se celebraría un baile en la universidad Palacios. Ella quería ir porque llevaba años sin salir de casa, pero su madrastra no la dejó. El día del baile, cuando las tres se fueron, Cenicienta no pudo evitar llorar porque nunca escaparía de aquel sitio. Entonces, un hada apareció de la nada y se presentó como su madrina.

- No consiento que tres brujas te corten las alas. Haré que tengas un destino mejor! - dijo.

En ese instante, transformó los harapos de Cenicienta en un bello vestido e hizo aparecer una limusina que la llevaría a la universidad, pero tenía que volver antes de las doce de la noche, ya que a esa hora volvía la madrastra. Cuando llegó al baile, un chico se le acercó y empezaron a hablar. Resultó que a los dos les gustaban las matemáticas, y conversaron durante horas hasta que oyeron doce campanadas. ¡Era medianoche! Cenicienta salió corriendo sin poder dar explicaciones, y el chico intentó detenerla. Al final, la perdió de vista, pero vio que con la prisa se le habían caído los apuntes de matemáticas y los recogió.

Cuando Cenicienta llegó a casa, tanto su madrastra como sus dos hermanastras la regañaron por haber escapado de casa, y la echaron de allí. Cenicienta intentó buscar trabajo, pero nadie la quería porque no tenía experiencia. Intentó presentarse como maestra de matemáticas en un colegio, pero el director la rechazó. Entonces, reconoció la letra de Cenicienta, ya que había visto sus apuntes porque su hijo era el chico que estuvo hablando con ella en la universidad. Al final, fue contratada y tras un tiempo trabajando allí, Cenicienta ahorró para ir a la universidad y completar sus estudios. Y como en su país no mandaba un presidente chapucero, fue feliz y comió... ¡potaje!

Fin